



ANTONIO  
DE  
VALBUENA

OBRAS

I-II

PQ6005

V35

v. 1

010430



1080018879

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

---

---

FE DE ERRATAS

DEL

NUEVO DICCIONARIO

DE LA

**ACADEMIA**

---

TOMO PRIMERO.

---

COATEPEC.

TIPOGRAFIA DE ANTONIO M. REBOLLEDO.

1889.

7

**FE DE ERRATAS.**

FE DE ERRATAS  
DEL  
NUEVO DICCIONARIO

DE LA  
**ACADEMIA**

POR  
D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Capilla de Alonso de Ercilla y Talavera  
Biblioteca Universitaria

COATEPEC.  
TIPOGRAFIA DE ANTONIO M. REBOLLEDO.

1889.

46707

PQ 6005

V35

V.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PROLOGO.

El marqués de Valdeterrazo, presidente de la Comisión de actas del Congreso en la pasada legislatura, decía discutiendo la interpretación de un artículo de la ley electoral en la sesión del 21 de Diciembre:

“Al encontrarme con este adverbio, hasta al Diccionario de la lengua he acudido, *teniendo cuidado de si había sido esa una de las definiciones censuradas por Escalada...*” (1.)

Ya para entonces varios amigos me habían indicado la conveniencia de coleccionar los artículos que sobre el nuevo Diccionario publicaba en *Los Lunes de El Imparcial*; ya sabía por los empleados de este periódico que con frecuencia se les pedían colecciones de dichos artículos ó números sueltos para completarlas, sin que les fuera posible servir es-

(1) *Diario de las sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados*, Sesión del martes 21 de Diciembre de 1886, núm. 91, pág. 2.217.

010430

tos pedidos por hallarse agotados casi todos los números; la conveniencia de la colección era evidente. Mas desde el momento en que en plena asamblea de la llamada representación del país, por un elevado personaje constituido en importantísimo puesto oficial, y tratándose nada menos que de la interpretación de una ley, se reconoce y se declara que el Diccionario de la Academia no tiene autoridad ni merece crédito sino en cuanto no haya sido contradicho en estos artículos, ya no es caso de conveniencia, es de necesidad ponerlos en forma que puedan consultarse, reuniéndolos en un libro que se titule, por ejemplo, *Fe de erratas del nuevo Diccionario de la Academia*.

Y aquí está el libro.

Cuando empecé á escribir los artículos que le forman, ni pensaba que fueran tantos, ni creía que hicieran tanto bien ni que alcanzaran tan unánime favor del público. Comenzaron por despertar en personas ilustradas la curiosidad de examinar el Diccionario, siendo el inmediato resultado de este examen la publicación de algunos trabajos muy apreciables contra el desventurado libro académico. Un docto ingeniero de caminos, el Sr. D. Eduardo Echeagaray, poco después de haber yo comenzado la mía, publicaba en *El Liberal* otra serie de artículos bajo el epígrafe de *la ciencia y el nuevo Diccionario*, corrigiendo las malas definiciones referentes á las ciencias físico-matemáticas. Más tarde, el amenísimo escritor D. Leopoldo Alas ha publicado en *El Globo* otra serie de artículos sobre las que los académicos llaman *preposiciones inseparables*, demostrando con gran erudición y claridad á los señores, que, en este punto, ni tienen criterio determinado ni conocen el terreno que pisan. Con el título de *El Derecho y el nuevo Diccionario* está publicando ahora en *El Progreso* el señor D. Adolfo Vallespinosa

otra serie de artículos haciendo ver que las definiciones jurídicas son todas defectuosas, menos las que son malas de remate. En el *Rigoletto* escribe unas *cartas anti-académicas* un ilustrado sacerdote que se firma *El Fabricero de Canta-Cucos*. El Director de la Escuela Normal de Segovia, D. Gregorio Herrainz, ha publicado también contra el Diccionario un folleto excelente. Y por último, en Osuna se está imprimiendo un libro (del que he tenido el gusto de ver las primeras capillas,) titulado de *De academica cæcitate*, cuyo ilustrado autor oculto bajo el seudónimo de *El Bachiller Francisco de Osuna*, fustiga sin piedad y no sin gracia el último engendro de la Academia.

En todos estos trabajos literarios, dignos por cierto de gran encomio, sin que disminuya nada por ello el mérito de sus autores, me corresponde un poco de gloria; la de haber sido causa ó cuando menos ocasión de que se escribieran. Porque es casi seguro que si yo no hubiera levantado la caza, así se hubiera acordado nadie del Diccionario de la Academia como de la salud de sus autores, y la duodécima edición, con sus innumerables disparates y todo, hubiera corrido tan inadvertida como las anteriores que no tenían muchos menos.

Quizá por esta circunstancia de haber sido el iniciador del ojeo en que se ha dado muerte al Diccionario, y no porque los zurriagazos míos hirieran ni dolieran más, he sido objeto preferente ó casi único de la animadversión de los académicos, que sólo contra mí se han enfadado y sólo contra las censuras mías han intentado defenderse.

Acostumbrados á estropear tranquilamente el idioma y á cobrar aun más tranquilamente sus duros, es decir, los duros del país que pasan á ser de ellos en forma de dietas, les escocía naturalmente por lo nueva y por lo justa una crítica fundada en la ver-



dad, sobre todo desde que vieron que la venta del Diccionario había quedado paralizada; y se juntaron en concejo á discurrir alguna manera de evitar el desastre. La primera idea que tuvieron, idea como suya, fué la de demandarme por injurias á la Academia, corporación aprobada por el Estado; mas como al oír yo la noticia que oficiosamente me daba un amigo de la Academia, me eché á reír, haciéndole notar que sería la última desgracia de la malaventurada corporación la de que constara que tenía que acudir á los tribunales de justicia para conciliarse el respeto del público, desistieron de tal propósito. Le dieron luego notas é instrucciones á un catedrático de Instituto, descendiente indudable del Maestro Ciruela, aun cuando no se llame como él, sino Comelerán, y éste publicó en un periodicucho quincenal y malévolo, unos cuantos artículos bajo el epígrafe alarmante de *Crítica demoleadora*; pero por más que gritó y ahulló y dijo desatinos, nadie le hizo caso (1.)

Pasaban semanas y meses. *El Imparcial* seguía publicando mis artículos, y todo el mundo continuaba riéndose de los académicos y de la Academia. Había que hacer algo. El concejo de la calle de Valverde seguía reuniéndose todos los jueves, sin que á ninguno de sus miembros se le ocurriera ninguna idea salvadora. Como no es común entre ellos la vocación de mártires, como casi todos se han pasado la vida sirviendo al vientre, y como piensa el ladrón

(1) Como la ignorancia y el furor son tan amigos, enfurecióse tanto y de tal modo llegó á perder la brújula este pobre hombre, que se disparaba ya contra mí en esta forma: "¿Por qué se guarda las razones que no puede aducir contra nuestro anterior artículo?...". El se lo decía todo. Y todo por despecho, porque no le quise contestar más que dos palabras al fin del artículo X sin acusarle siquiera de no emplear el talento que no tiene.

que todos son de su condición, pensaron ofrecerme un destino. ¡Infelices!

Por fin, uno de los más hinchados de entre ellos, el Excmo. Sr. D. Manuel Silvela, alardeando de su influencia cerca de *El Imparcial*, se brindó á defender la obra de sus hermanos, en el mismo sitio en que se la estaba poniendo en solfa, y cubriéndose la figura bonachona y un tanto apavada con la vulgar careta de *Juan Fernández*, y mintiendo como un desdichado al afirmar que no era académico, para que el fracaso, que ya él debía temer, no fuera tan ruidoso, escribió hasta tres cartas, ó hizo hasta tres salidas con intento de desfacer los agravios por mí inferidos al desventurado librote, y de que se reanudara la venta.

Cómo salió de su andanza el desvaído caballero, ya lo conocerán los lectores cuando lleguen á los artículos XXIV y XXV. Mas hay que notar que, habiendo puesto el Sr. Silvela por título á su segunda carta las palabras decisivas, *fin de una polémica*, manifestando así su resolución de no escribir más, desconcertado luego por el achuchón del artículo XXV, todavía escribió otra. Olvidóse sin duda del triste caso y lamentable fin de aquel famoso saltimbanquis llamado el Capitán Mayet, que después de haber anunciado y hecho felizmente su última ascensión en globo, quiso hacer otra última y definitiva, de la que cayó y se estrelló en la calle de la Magdalena; de aquí que el pobre D. Manuel quisiera también escribir otra carta, ó hacer otra ascensión después de la última, sin tener mucho mejor resultado que su modelo. Y eso que á esta tercera carta ya no pude yo contestar en *El Imparcial*, porque D. Manuel, imitando esta sola vez en su vida la conducta del Apóstol (que así por antonomasia no es San Bernabé, como el Diccionario dice neciamente,

sino San Pablo,) invocó allí sus derechos de ciudadanía liberal para librarse de nuevos azotes.

Verdad es que esta tercera carta, que D. Manuel no debió escribir, ni mejoraba su situación en nada, ni destruía ninguno de mis anteriores argumentos. Y así debió comprenderlo el ilustrado director de los *Lunes de El Imparcial*, cuando creyó necesario ponerla un preámbulo diciendo que D. Manuel era un respetable hombre público, que yo le había tratado con demasiada acerbidad, que como político había desempeñado altos puestos con general aplauso (y con sueldos no tan generales,) y que hasta había permanecido en Madrid durante la última epidemia colérica, todo lo cual quizá no fuera de lo más á propósito para probar que el Diccionario es bueno y que D. Manuel salió airoso en su empresa de defenderle; pero probaba indudablemente los buenos sentimientos y la generosa compasión de mi particular amigo el Sr. Ortega Munilla, que, viendo al Sr. Silvela tan descalabrado y maltrecho, quiso recogerle y venderle cariñosamente las heridas, y presentarle así entrapajado á la conmiseración pública.

Con el fracaso de D. Manuel, bien lejos de amansarse, creció y embravecióse más la ola de la académica indignación, de la que, usando, igual que Ovidio, ejemplos grandes en cosas mínimas, dije yo para mí con el poeta sevillano:

Dejémosla pasar como á la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su rivera.

Y en efecto, aquella ola de indignación académica pasó ya sin daño sensible, y queda por un lado este libro de crítica dispuesto á circular profusamente por España y por América, y por otro lado queda el Diccionario académico durmiendo el sueño del

olvido en los almacenes de la librería de la señora viuda de Hernando. La ola pasó; pero fué terrible.

Congregados una vez más los académicos en vista del fracaso del Sr. Silvela, acordaron componer varios artículos con diferentes firmas para que parecieran extraños á la Academia, y salir, en varios periódicos á un tiempo, metiendo mucho ruido y diciendo á coro que mi crítica no era justa ni aceptable, y que D. Manuel me había derrotado, á ver si á fuerza de decirlo muy alto y muchas veces, lograban que lo creyera alguno. Para cubrir las apariencias y tener á lo menos quien presentara los artículos en los periódicos, se proveyeron de tres auxiliares dignos de la obra. Uno de ellos fué el mismo Comelerán de antes, el cual en su barbarie nativa (creo que es navarro,) discurrió poner por firma á los artículos que le mandaban llevar á *El Liberal*, el barbarismo de *Quintilius*, barbarismo que los mismos académicos anatematizan en su gramática (1), y con razón, aunque parezca raro que los académicos la tengan, porque en castellano no se usan nunca los nombres latinos con la terminación en *us* del nominativo que usan los franceses, sino con la terminación en *o* del dativo y ablativo. Otro fué un tal Paz Bueso que en el Diccionario figura como correspondiente de la Academia en Ronda, pero que en realidad es empleado de la casa, y á este le encargaron llevar á *El Globo* otros artículos con la firma de *un anticritico*, como si los anticriticos autores no fueran veintitantos. Y el tercero, porque ya he dicho que los auxiliares fueron tres, el mismo número de los *ratas* de *La Gran Vía* y de las famosas hijas de Elena, á las cuales no se parecían sólo en el número, el tercero fué un ingenierillo de

[1] Edición de 1880, pág. 279, donde ponen el ejemplo que más naturalmente se les ocurrió el de *Brutus* por *Bruto*.

montes, bullidor y activo como la ardilla de la fábula, el cual se encargó de llevar cada semana un artículo á la redacción de *El Correo*, firmándole con una Z; otro á la redacción de *El Día*, firmándole con una X, y otro á la redacción de *El Resumen*, firmándole con una L. Después que los artículos así firmados se publicaran en estos periódicos, el mismo ingeniero auxiliar de la Academia los reproduciría en la *Revista Contemporánea*, entreverados con elogios al señor Z ó al señor X; es decir, á sí mismo, poniendo ya debajo *Rafael Alvarez Sereix*, que es su firma entera (1),

Organizado de este modo el servicio, comenzó entre los académicos la faena más desesperada de que hay memoria, y se les vió por espacio de dos meses corriendo de acá para allá, febrilmente agitados por la soberbia y el despecho, reuniéndose todas las noches, rebuscando textos, leyendo libros que no habían visto nunca y de que muchos de ellos ni noticia tenían siquiera, urdiendo mentiras y tramándolas luego con necedades (2) para publicar cada se-

[1] Otro auxiliar, espontáneo como los hongos, la salió á la Academia en América. Los tontos se dan en todas las latitudes. Un tal Nercassean que leyó mis primeros artículos, reproducidos en *El Comercio* de Nueva York y en *El Ferrocarril* de Santiago de Chile, publicó en este último diario una disertación contra mí, decidiendo que la razón estaba de parte de la Academia, porque él nunca había oído hablar de "D. Miguel de Escalada." Contestóle cumplidamente en el mismo periódico el Sr. D. Gonzalo Lujan, á quien agradezco el concienzudo y brillante artículo que sin conocerme escribió en mi defensa.

(2) En una de las defensas del Diccionario, publicadas en *El Liberal*, con la firma de *Quintilius*, la del 20 de Diciembre, me atribuyeron los académicos estas palabras: "*carantamaula* ó *carátula*, es una simpleza que nadie dice," y citaron luego unas cuantas autoridades en favor de la legitimidad de la palabra *carátula*, que yo no había negado, pues lo que yo había escrito, en *El Imparcial* del 13 de Diciem-

mana en cuatro ó cinco periódicos otros tantos artículos escritos sin más numen que la ira, semejantes por más de un concepto á los criminales reclamos de la agencia Felip ó de la Compañía Trasatlántica, y casi reducidos á decir muchas veces que el Diccionario es inmejorable. No sin que se les escapara á lo mejor, ¡tal andan de desconcertados los infelices!

bre, era que "*carantamaula*, por *CARÁNTULA* ó *CARÁTULA*, es una simpleza que nadie dice." Descubierta y rectificada esta trapaceía, los pobres trapaceros se disculparon de un modo risible, enseñando la punta de la oreja en estos renglones: "No parece sino que la *carátula* de Escalada está á punto de producir un cisma, que ni el que se produjo á causa del famoso *filioque*, tan debatido en el Concilio I de Nicea." (*El Liberal*, núm. 2773.)

En el Concilio I de Nicea, ni se discutió ni probablemente se pronunció la palabra *filioque*. El Concilio I de Nicea se celebró en 325 contra los arrianos que negaban la consustanciabilidad del Verbo con el Padre, sin meterse para nada en la procesión del Espíritu Santo, y la adición al símbolo niceno-constantinopolitano de la palabra *filioque*, no sirvió de pretexto al cisma griego hasta los tiempos de Focio (siglo IX) y mejor aun hasta los de Miguel Cerulario (siglo XI), ambos patriarcas de Constantinopla, aunque el primero intruso. Por donde se ve que los académicos y el *Quintilius* están tan enterados en Historia Eclesiástica como en Filología.

En otro artículo de defensa sostuvieron que las preposiciones *ab*, *in*, *per*, etc., puramente latinas, que nada significan en castellano así solas, están bien incluídas en el Diccionario de la lengua castellana porque de lo contrario ¡atención!... porque de lo contrario "hay que excluir también palabras como *anterior*, *exterior*, *interior*, etc., y cuantas conservan en castellano la misma forma que tienen en latín."

Otra vez, para justificar la tontería de haber puesto en el Diccionario *abeya* y *abeyera*, citaron un texto del Fuero Juzgo, que dice: "Y si algún home faz *abeyera* de *abeyas* en *vila* ó *ciudad*..." etc. Y como no han puesto en el Diccionario ni *ciudad* ni *vila*, resulta que ellos mismos reconocen que el texto no tiene autoridad ni es castellano. Y así siempre: por defender una necedad sueltan otra mayor ú otras cuatro ó cinco.

aquello de que en la edición próxima "acaso conven-  
dría transigir con el uso" reformando la última de-  
finición del CARDENILLO, ó lo otro de que "la Acade-  
mia se ocupa en enriquecer el Diccionario de auto-  
ridades para publicar una *nueva edición que sea el  
reflejo de la historia y del mejor uso* de las voces  
castellanas, (1) lo cual me parece que viene á ser así  
como confesar que la edición corriente no es reflejo  
de la historia, ni del uso, ni de nada más que de la  
ignorancia académica.

Espectáculo raro y divertido. Veintitantos acadé-  
micos, todos sabios, á lo menos en su propio sentir,  
más tres auxiliares, moviéndose todos y trabajando  
de todas las maneras buenas y malas, poniendo en ejer-  
cicio por sí y en nombre de la Corporación todo su  
poder literario, político y metálico, para defenderse  
contra un escritor solo, que ni es académico ni en  
serlo pensó nunca. . . . ¿No es verdad que había pa-  
ra desvanecerse?

Vale Dios que ya entre la Religión cristiana y la  
edad me han curado radicalmente las vanidades de  
muchacho, y á mayor abundamiento, si alguna me  
quedara, si hubiera podido sentir alguna tentación  
de orgullo recordando aquellos versos del romance:

Con quince lidié en Zamora,  
Y á los quince los vencí,

me la hubiera ahuyentado en seguida el recuerdo de  
aquellos otros:

"Luchar con dos es blasón,  
Si los dos son caballeros;  
Pero si fueren villanos,  
Lo mismo es dos que doscientos.

(1) Reseña cuasi-oficial de la sesión académica del jueves  
9 de Diciembre de 1886, publicada en *La Correspondencia*.

Y claro es que los académicos y sus auxiliares to-  
dos son villanos literarios.

Cuatro palabras más.

Para nadie que tenga sentido común y buena in-  
tención, son necesarias ciertas advertencias; mas co-  
mo es infinito el número de los necios, no estará de  
más advertir que firmé estos artículos con un seudó-  
nimo, no por eludir responsabilidades, sino por evi-  
tar el escándalo de los carlistas *ojalateros* y murmu-  
radores; es decir, de los carlistas que no son carlis-  
tas. Porque ya sabía yo que si ponía mi nombre en  
*El Imparcial*, aun cuando fuera para defender el ha-  
bla hermosa de San Juan de la Cruz y de Santa Te-  
resa, lo primero que en su falta de caridad se les ha-  
bía de ocurrir á los falsos tradicionalistas era escan-  
dalizarse, diciendo de mí que había apostado.

No adelanté nada: el escándalo farisaico vino en  
cuanto se clareó el seudónimo, y así como los fari-  
seos contemporáneos de Jesús le llamaron Samari-  
tano y le dijeron que tenía el demonio, á sabiendas  
de que expulsaba los demonios y era Nazareno, así  
estos, á sabiendas de que nadie aborrece más que yo  
el liberalismo en todos sus matices, ni nadie le ha  
combatido más, me llamaron liberal y propagador  
de liberalismo. *Samaritanus es, demonium habes.*

Verdad es que me lo llamaron los mismos que han  
alabado al Rdo. Padre Fita, de la compañía de Je-  
sús, y á D. Francisco Navarro Villoslada, por haber  
hecho lo mismo que yo, por haber publicado artí-  
culos literarios y artísticos en el semanario raciona-  
lista *La Academia*, y en el semanario liberal *La  
Ilustración Española y Americana*.

Ni es ciertamente el prólogo de un libro literario  
el lugar á propósito para hacer una profesión de fe  
política, ni ha menester hacerlas de palabra quien  
tan elocuentes las ha hecho de obra; quien sin hábi-  
tos ni aficiones militares, y sólo por amor á la Igle-

sia y á la legitimidad, consumió los mejores años de su juventud en penosísima campaña, mientras los fariseos ponían tranquilamente sus mesas de negociación en el vestíbulo del templo; y quien después que se concluyó aquella guerra, sabe Dios cómo, todavía ha peleado en la prensa años y años por la misma causa, con menos habilidad que muchos, pero con más valor y más decisión que casi todos, quemando las naves, incomunicándose total y voluntariamente con el mundo de las injusticias victoriosas, que es el de las riquezas y el de las prosperidades humanas.

---

## FE DE ERRATAS

DEL

# NUEVO DICCIONARIO

DE LA

## ACADEMIA.

---

I

Si en la cuenta de las ediciones de los libros se usaran sobrenombres, como en la cronología de los reyes, el último Diccionario de la Academia, que es el XII, había de llamarse el *Deseado*, como Fernando VII, siendo tanto más gráfica la identidad del mote, cuanto que da la casualidad que el flamante libro no es mejor que el augusto monarca, del cual es bien sabido que fué de lo menos excelente en su clase.

Y digo que el Diccionario nuevo se había de lla-